

Entabláronse negociaciones, y el marques de Hamilton, siempre intermediario, fue el agente mas activo. El conde de Bedford, hombre moderado, influyente en la cámara alta, y muy apreciado del público, se prestó á todo con dignidad. Reuníanse frecuentemente en su casa las notabilidades de ambas cámaras; obtenia su confianza, y parecia poder tratar en su nombre. El rey que consentia antes que deseaba, nombró de pronto un nuevo consejo al que fueron llamados Bedford, Essex, Warwick, Say, Kimbolton y algunos lores que gozaban de popularidad. Entre ellos figuraban ardorosos miembros de la oposicion, pero todos pertenecian á la clase alta de la sociedad; el orgullo del monarca no queria humillarse hasta el punto de elegir á hombres del pueblo. Insistióse sin embargo; los nuevos cosejeros no querian separarse de sus amigos, y hablaban cada dia al rey de la importancia de las notabilidades de la cámara baja que le inspiraban tanta aversion. Estos por su parte, sin negarse del todo á estos planes, no se mostraban muy solícitos, no tanto por indiferencia como por compromiso. De esta manera lograban el objeto principal de sus esfuerzos, entrando en nombre del país en posesion legal del poder, dando un ministerio á la corona, y sometiéndola á los consejos del parlamento. Pero se les pedia que salvaran á Strafford y á la iglesia; que pusiesen en libertad á su enemigo mas terrible, y que chocaran con los presbiterianos, que eran sus mas entusiastas amigos. De una y otra parte dominaba la perplejidad, y estaba demasiado arraigada la desconfianza para ceder tan pronto á la ambicion ó al miedo. No obstante se llegó á hacer proposiciones directas y claras. Pym debia ser canciller de la Hacienda, Hampden ayo del príncipe de Galles, Hollis secretario de Estado, y Saint-Jhon fue nombrado sin retardo procurador general de la corona. El ministerio debia tener por jefe al conde de Bedford con el título de gran tesorero. Los que ocupaban estos cargos habian ofrecido ó presentado ya su dimision.

Pero durante estas negociaciones, que de una y otra parte se seguian con poca esperanza ó quizá con indiferencia, recibió el rey otras proposiciones de un carácter mas agradable para él. Reinaba algun descontento en el ejército, manifestado sin rebozo por algunos oficiales miembros del parlamento: «Si les basta á los escoceses, dijo cierto dia uno de ellos en la cámara, pedir dinero para obtenerlo, seguramente sabrán practicar lo mismo los soldados ingleses.» Estos rumores llegaron bien pronto á oídos de la reina, y Enrique Jermin, su favorito, se relacionó con los descontentos; por su medio los recibió aquella en Whitehall, se condolió

de su situacion, igual y sin embargo menos triste y peligrosa que la del rey. Viva y afable, pareció que ponía en ellos toda su confianza, y poco le costó darles á entender que estaba en su mano la suerte del Estado. Estableciéronse conferencias secretas, y se ventilaron toda especie de planes. Unos querian que el ejército marchase sobre Lóndres y por medio de una rápida maniobra se sacase al rey del apuro; otros mas discretos, proponian solamente que todos los cuerpos dirigiesen á las cámaras una peticion para espresar su adhesion al rey y á la iglesia, declarando que á su parecer la reforma del Estado debia darse por concluida y pidiendo que se pusiese coto á las innovaciones.

Tratóse asimismo de socorros extranjeros y de levantar tropas en Portugal y Francia: ideas frivolas y sin resultado, pero aventuradas confiadamente por hombres de cortos alcances, ó que salian de un banquete, ó que pensaban solo en servir ciegamente. A esto se siguieron intrigas en el ejército, mas activas que eficaces; los descontentos iban y volvian de Lóndres, y circulaban una especie de proclamas. El mismo rey tuvo al cabo una entrevista con Percy, uno de los conjurados, hermano del conde de Northumberland; por su consejo se desechó todo plan violento acerca de dirigir el ejército sobre Lóndres; pero recibió un proyecto de peticion tan fuerte contra el parlamento, como lo eran contra la corona y la iglesia los que este recibia diariamente. Aprobóle, y para dar crédito á los intrigantes, puso de su mano, en prueba de asentimiento, las letras iniciales de su nombre.

La trama no tuvo efecto, y la peticion no fue presentada; pero nada se escapa á la desconfianza de un pueblo, pues toma los deseos por actos, y las palabras por deseos. En las plazas, en las tabernas, un sin número de soplones voluntarios, habian oido los imprudentes votos de los oficiales; no tardaron en llegar á oídos de Pym, encargado de la policia del partido. A poco la traicion le dió nuevos detalles, pues Goring, uno de los conjurados, pasó á revelarlo todo al conde de Bedford. Nada se habia hecho, pero el rey habia dado oídos á los descontentos. Los jefes de la cámara baja guardaron silencio en punto á su descubrimiento, aguardando alguna grande coyuntura para sacar partido de él; tampoco rompieron las negociaciones seguidas siempre en nombre del rey; pero desde entonces ya no vacilaron en sus dictámenes. Aliáronse estrechamente con los fanáticos presbiterianos, único partido seguro por su apoyo y su adhesion, porque tenia principios fijos, pasiones ardientes, alma para llevar á cabo una revolucion, y vigor para sostenerla.

Se resolvió irrevocablemente la pérdida de Strafford, y se principió su causa.

La cámara baja en su totalidad quiso asistir á ella para sostener la acusacion con su presencia. Junto á los representantes del pueblo se sentaron los comisionados de Escocia é Irlanda, tambien acusadores. Ochenta pares estaban presentes como jueces; por dictámen de la cámara baja habian sido recusados los obispos, como en toda causa de vida ó de muerte. Sobre la localidad que ocupaban los pares, se dispuso una tribuna cerrada, á donde acudieron el rey y la reina, deseosos de verlo todo; pero ocultando el primero su angustia, y la segunda su curiosidad. En las galerías y escalinatas mas elevadas se veian innumerables espectadores de todos sexos y alto rango, conmovidos por la pompa del espectáculo, la celebridad de la causa, y la curiosidad que escitaba el carácter bien conocido del acusado.

Conducido por el Támesis desde la torre de Westminster, atravesó sin turbacion ni descaro por entre el gentío: á pesar del odio, su reciente grandeza, su ademan, y el terror unido á su nombre, imponian todavía. A medida que se adelantaba, algo encorbado por las enfermedades, pero jóven aun por su arrogante mirada, se apartaba la muchedumbre, todos se quitaban el sombrero, y él saludaba cortesmente, tomando á buen agüero esta actitud del pueblo. Animábale la esperanza, despreciaba á sus contrarios, habia meditado los cargos, y no dudaba probar que estaba inocente del delito de alta traicion. Solo le habia admirado la acusacion de los irlandeses, pues no podia comprender que un reino hasta entonces tan sumiso para con él, hubiese mudado tan repentinamente.

Al segundo dia, un incidente le hizo ver que habia juzgado mal su situacion, y cuan difícil le seria defenderse: «Espero, dijo, que rechazaré las imputaciones de mis maliciosos enemigos.» A estas palabras, Pym, que dirigia la causa, exclamó con violencia: «A los representantes del pueblo se dirige la injuria, y es un crimen tacharlos de maliciosa enemistad.» Turbado Strafford se postró y escusó, y desde entonces tranquilo y dueño de sí mismo, no dió entrada á la cólera ni á la impaciencia, y no soltó palabra que pudiese ser un cargo contra él.

Durante diez y siete dias, solo, y contra trece acusadores que se iban relevando, discutió los hechos que se le imputaban. Muchos de estos fueron á toda luz reconocidos llenos de iniquidad y de tiranía. Pero otros, locamente exagerados ó ciegamente acogidos por el odio, fueron

fáciles de rechazar, y ninguno, en toda la estension de la palabra, entraba en la definicion legal de alta traicion. En esto se afianzó Strafford, hablando noblemente de la imperfeccion y debilidad de las acusaciones, oponiendo á la violencia de sus contrarios una dignidad modesta, y haciendo resaltar la ilegalidad de sus procedimientos. Se pusieron odiosas trabas á su defensa; su defensor, obtenido á duras penas contra la voluntad de los diputados de la cámara baja, no fue admitido á hablar sobre los hechos, ni á interrogar testigos, solo se le habia concedido permiso de citarlos en descargo tres dias antes de la apertura de los debates; y la mayor parte estaban en Irlanda. A cada paso reclamaba su derecho, daba gracias á sus jueces si lo reconocian, no se quejaba si se lo negaban, y respondia á sus enemigos, cuando los irritaba su hábil resistencia: «Creo que me pertenece defender mi vida, como á cualquier otro el atacarla.»

Tanta energía embarazaba y humillaba á sus acusadores. Dos veces los miembros de la cámara baja intimaron á los lores que activasen un proceso, cuya duracion, decian, les hacia perder un tiempo precioso para el país. Los lores se negaron, pues el valor del acusado les daba alguna energía. Terminada la discusion de los hechos, antes que Strafford hubiese reasumido su defensa, la junta de acusacion se dió por vencida, á lo menos tocante á la prueba de alta traicion. Suma fue la agitacion de los representantes del pueblo: merced al testo de la ley y á su genio fatal, iba á salvarse un gran culpable, y no bien asomaba la reforma cuando tenia que volver á luchar con su mas peligroso enemigo. Se resolvió dar un golpe de Estado. Sir Arturo Haslerig, hombre duro y groseramente apasionado, propuso declarar á Strafford culpable, y condenarlo por acto del parlamento (10 abril 1641).

Este procedimiento que emancipaba de toda ley á los jueces, no dejaba de tener ejemplo, pero habia que referirlo á tiempos de tiranía, y siempre tachado de iniquidad. Algunos apuntes encontrados entre los papeles del secretario de Estado Vane, y entregados á Pym por su hijo, fueron producidos como un suplemento de prueba suficiente para demostrar la alta traicion. Se imputaba á Strafford haber dado al rey el consejo de emplear el ejército de Irlanda para domar la Inglaterra. Las palabras que se le atribuian, no obstante ser desmentidas de muchos consejeros, y susceptibles de un sentido menos odioso, eran sobrado conformes con su conducta y con sus máximas para que no produjesen una viva impresion en los ánimos. Se hizo al instante una primera lec-

tura del bill, y los unos creyeron sacrificar la ley á la justicia, mas otros la justicia á la necesidad.

Continuaba al propio tiempo la causa, porque nada se queria omitir contra el acusado, de modo que si salia con bien del juicio legal lo abrumase el golpe de Estado. Antes que sus defensores tomasen la palabra para tratar la cuestion de derecho, Strafford reasumió su defensa (15 de abril de 1641); habló largamente y con maravillosa elocuencia, probando siempre que ninguna ley calificaba sus actos de alta traicion. Cada momento crecia la conviccion de los jueces, y él se prevalecia de ello siguiendo hábilmente sus progresos, adaptando sus palabras á las nacientes impresiones, profundamente conmovido, mas sin perder por esto el don de observar cuanto pasaba alrededor suyo: «Milores, dijo al concluir, esos señores dicen que por la salud de la república atacan mi tiranía arbitraria; permítaseme á mi vez atacar tambien por el bien de la república su traicion arbitraria. Vivimos á la sombra de las leyes: ¿deberemos, pues, morir por las que no existen? Vuestros ascendientes pusieron en buen lugar en nuestros Estatutos estas terribles acusaciones de alta traicion: no querais ser mas sabios y mas hábiles en el arte de matar; no andeis en busca de algunos sangrientos ejemplos; no hojeeis los antiguos registros roídos de los gusanos, para despertar á esos leones adormecidos que podrian un dia acabar con vosotros y con vuestros hijos. Tocante á mí, pobre criatura, sino fuera por vuestro interés, y por el de esas prendas sagradas que me ha dejado una santa que ahora está en el cielo...» (el orador se detuvo, derramó amargas lágrimas, y levantando luego la frente añadió:) «no tomara tanta pena por defender este cuerpo que se desploma, cargado de dolencias que me hacen insufrible su peso.» Se detuvo de nuevo como si buscara una idea: «Milores, añadió, me parece que todavía tenia algo que añadir; pero mi voz y mi vigor desfallecen; dejo humildemente mi suerte en vuestras manos: sea cual fuere vuestra sentencia, ora me dé la vida ó la muerte, la acepto de antemano: *Te Deum laudamus.*»

Quedaron los concurrentes altamente enternecidos y admirados. Pym quiso responder; Strafford le miró; su misma inmovilidad era amenazadora; sus pálidos labios espresaban el mas vivo desden; se detuvo turbado Pym, temblaban sus manos, y buscaban sin encontrarlo un papel que tenia á la vista. Era la contestacion que habia preparado, y que nadie escuchó, apresurándose él mismo á dar fin á un discurso extraño á los sentimientos de la asamblea, y que apenas podia pronunciar.

Pasada la turbacion queda la cólera, y la de Pym y sus amigos llegó á lo sumo: instaron vivamente la segunda lectura del bill. En vano Selden, el mas antiguo é ilustre defensor de la libertad, como tambien Holborne, abogado de Hampden en la causa sobre el subsidio de los buques, se opusieron á ello: no habia otro recurso, porque era evidente que los lores no condenarian á Strafford como jueces y en nombre de la ley. Se hubiera querido suspender de repente la causa, imponer silencio á los defensores de Strafford, y aun llamar á la barra y castigar á los insolentes abogados que osaban defender á un hombre á quien los representantes del pueblo declaraban culpable de alta traicion. Los lores desecharon estas proposiciones furiosas; se oyeron las defensas de Strafford, pero los miembros de la cámara baja no contestaron á ellas, ni aun asistieron á la sesion, diciendo que era indigno de ellos luchar contra abogados; y cuatro dias despues, á pesar de la viva oposicion de lord Digby, hasta entonces encarnizado acusador de Strafford, fue adoptado definitivamente el bill contra su persona en 21 abril de 1641.

A esta noticia, consternado el rey, no pensó mas que en salvar á toda costa al conde: «Os aseguro, le escribió, sobre mi palabra real, que nada sufrireis en vuestra vida, en vuestra fortuna, ni en vuestro honor.» Tentáronse á la vez todos los recursos con la obcecada ansiedad del temor y del dolor. Procurábase con concesiones y promesas suavizar á las notabilidades de la cámara baja, y al mismo tiempo se conspiraba para la evasion del preso. Pero las tramas dañaban á las negociaciones, y estas á aquellas. Repentinamente murió el conde de Bedford que parecia el mas complaciente. El conde de Essex, al hablarle Hyde de la resistencia que la conciencia del rey opondria al bill, le respondió: «El rey con su conciencia está obligado á conformarse al consejo y á la conciencia del parlamento.» Se ofrecieron á sir William Balfour, gobernador de la torre, 20,000 libras esterlinas y una hija de Strafford en matrimonio á su hijo si favorecia su evasion; mas se negó. Se le mandó recibir en la cárcel, á titulo de guardia, cien hombres escogidos, mandados por el capitán Billingsley, uno de los descontentos; pero dió parte á la cámara baja. Probábase y se desvanecian cada dia nuevas tentativas para salvar al conde. El monarca por último, contra el parecer del mismo Strafford, reunió las dos cámaras, reconoció las faltas del conde, prometió no emplearlo jamás, pero declaró que tampoco, ninguna razon, ningun temor le harian nunca consentir en su muerte.

Sin embargo, el odio de los representantes del pueblo era mas in-

flexible y osado que el dolor del rey : habian previsto su resistencia y preparado los medios de vencerla. Desde que el bill habia sido presentado á la cámara alta, la muchedumbre se reunia todos los dias alrededor de Westminster armada de espadas, cuchillos y palos, gritando : *Justicia! Justicia!* y amenazando á los lores que tardaban en pronunciar la sentencia. Lord Arundel se vió un dia precisado á bajar del coche, con sombrero en mano, rogando al pueblo que se retirase y obligándose á activar el cumplimiento de sus votos.

Cincuenta y nueve miembros de la cámara baja que habian votado contra el bill vieron inscritos sus nombres por las esquinas con estas palabras : *Estos son los straffordenses, traidores á su país.* Resonaban en el púlpito las mismas amenazas; se predicaba y oraba por el suplicio de un gran delincuente. Instigados por un mensaje del rey, los lores se quejaron á los miembros de la otra cámara de tales desacatos; mas estos nada contestaron. Entretanto permanecia suspenso el bill. Resolvióse, pues, dar el golpe decisivo que hasta entonces estaba reservado : Pym, llamando al temor en auxilio de la venganza, denunció la trama de la corte y de los oficiales para sublevar al ejército contra el parlamento. Algunos de los acusados se fugaron, y esto confirmó mas las sospechas. Un terror furioso se apoderó de la cámara y del pueblo. Decretóse que se cerrasen los puertos, y se abriesen todas las cartas procedentes del extranjero. Las mas absurdas alarmas subieron de punto la agitacion. Esparcióse en 5 mayo 1641 la voz de que el salon de la cámara baja estaba minado y próximo á ser volado; acudió la milicia á las armas, y un gentio inmenso se abalanzó hácia Westminster. Sir Walter Earl acudió precipitadamente para dar cuenta á la cámara; se levantaron para escucharlo dos miembros notables por su corpulencia, y crugieron las tablas : *El salon se desploma!* esclamaron muchos miembros arrojándose fuera del recinto, que pronto se vió inundado de gente : en ocho dias se renovaron dos veces escenas semejantes.

En medio de tantas agitaciones estaba asegurado el imperio de la cámara baja y el logro de sus deseos en la combinacion de sabias medidas. A imitacion del pacto escocés, fue adoptado por ambas cámaras un juramento de union en defensa de la religion protestante y de las libertades públicas. La cámara baja se adelantó hasta querer prescribirlo á todo ciudadano; mas negándose á ellos los lores, declararon incapaz de todo cargo de la iglesia y del Estado á cualquiera que no lo prestase. Por último, para librarse en el porvenir de todo riesgo, se propuso un

bill, declarando que el actual parlamento no podia ser disuelto sin su consentimiento (7 mayo). Tan osada medida escitó apenas la sorpresa; se dió por pretesto la necesidad de dar una garantía á los empréstitos, que, segun decian, eran cada dia mas difíciles : el entusiasmo ahogó



ENRIQUE VANE.

toda objecion. En vano trataron los lores de enmendar el bill, la cámara alta estaba vencida; los jueces habian sancionado su cobardía, declarando que segun los términos de las leyes los crímenes de Strafford constituian verdaderamente alta traicion. El bill fue sometido á una última discusion; se ausentaron de la cámara treinta y cuatro lores que habian

asistido á la causa ; de los presentes , veinte y seis votaron por el bill , y diez y nueve en contra : ya solo faltaba la adhesion del rey.

Carlos pugnaba todavía , creyéndose incapaz de tanto oprobio. Mandó llamar á Hollis , cuñado de Strafford , y que por esta causa no habia tomado parte en la acusacion. «¿Qué se puede hacer para salvarlo?» le preguntó tristemente ; Hollis fue de dictámen que Strafford solicitase del rey un sobreseimiento , y que este en persona presentase su peticion á las dos cámaras , dirigiéndolos un discurso que el mismo redactó ; al mismo tiempo prometia hacer cuanto estuviese de su parte para decidir á sus amigos á que se contentasen con un destierro perpétuo : convenidos asi , se separaron. Parece que Hollis habia adelantado algo en la cámara ; pero la reina , temerosa de las asonadas que iban diariamente en aumento , y enemiga declarada de Strafford , con mas motivo por el presentimiento de que para salvar su vida habia prometido revelar todas sus intrigas , hizo tomar á su marido parte en sus terrores y sospechas ; era tal su espanto , que queria huir , embarcarse , volver á Francia , y hacer cuanto antes todos los preparativos. Turbado con los llantos de su mujer , y fuera de estado de tomar una resolucion por si mismo , convocó Carlos ante todo un consejo privado , y despues otro de obispos. Solo Juxon , obispo de Lóndres , le aconsejó que siguiese su conciencia ; todos los demás , particularmente el obispo Lincoln , prelado intrigante y contrario á la córte , le instaron á que sacrificase un individuo al trono , y su conciencia de hombre á su conciencia de rey. No bien acababa de salir de esta conferencia , cuando le entregaron una carta de Strafford : «Señor , le escribia este , despues de un obstinado combate he tomado la única resolucion que me conviene ; todo interés privado debe ser nada ante la felicidad de vuestra sagrada persona y la del Estado ; os suplico que aceptando el bill removais el obstáculo que se opone á que exista una dichosa armonía entre vos y vuestros súbditos. Mi consentimiento , señor , os será de mas peso delante de Dios que todo cuanto os puedan decir los hombres : ningun tratamiento es injusto para con aquel que lo solicita. Mi alma , pronta á huir del cuerpo , lo perdona todo y á todos con la dulzura de un gozo inefable. Solo os suplico que concedais á mi pobre hijo y á sus tres hermanas la proteccion que merecia su desgraciado padre , segun que un dia parezca culpable ó inocente.»

Al dia siguiente , Carlton , secretario de Estado , pasó de parte del rey á anunciar á Strafford que habia consentido en el bill fatal. Las miradas del conde dejaron entrever alguna sorpresa , pero por toda res-

puesta, levantó las manos al cielo, diciendo: «*Nolite confidere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis.*»

En vez de ir Carlos en persona á pedir á las cámaras un sobreseimiento, como lo habia prometido á Hollis, se contentó con enviar al príncipe de Galles con una carta que concluia con esta posdata: «Si debe morir, seria una caridad hacerle gracia hasta el sábado.» Las cámaras la leyeron dos veces, pero sin hacer caso de tan fria súplica, fijaron para la ejecucion el dia siguiente (12 mayo 1644).

El gobernador de la torre, encargado de acompañar á Strafford, le invitó á subir en un coche para evitar los desmanes del pueblo: «No señor, le dijo el conde; se mirar de frente á la muerte, y al pueblo. Os basta que no me escape; en cuanto á mí me es del todo indiferente morir por mano del verdugo ó por el furor del pueblo, si asi les place:» y salió á pié, adelantándose á los guardias y mirando á todas partes, como si marchase á la cabeza de sus soldados.

Al pasar por delante de la cárcel de Laud se detuvo; la vispera le habia hecho rogar que se asomase á la ventana y le bendijese mientras pasaria «Milord, dijo levantando la cabeza, vuestra bendicion y vuestras oraciones!» El arzobispo estendió los brazos hácia él, pero su corazon menos fuerte, y debilitado aun por la edad, no pudo resistir: dió consigo en tierra desvanecido. «Adios, milord, dijo Strafford alejándose: proteja el cielo vuestra inocencia!» Al llegar al pié del cadalso, subió á él con desembarazo, seguido de su hermano, de los ministros de la iglesia y de muchos de sus amigos, se arrodilló un momento, y levantándose despues se dirigió al pueblo diciendo: «Deseo á este reino todas las prosperidades de la tierra: en vida y en muerte ha sido este mi único anhelo. Pero yo suplico á cuantos me escuchan, que puesta la mano sobre el corazon examinen seriamente si la reforma de un reino debe ser escrita con caracteres de sangre: meditadlo bien. No quiera el cielo que caiga sobre vosotros la menor gota de mi sangre!.. pero me temo que seguís un mal sendero.» Se arrodilló de nuevo, y oró durante un cuarto de hora; se volvió despues á sus amigos, de quienes se despidió apretándoles la mano y dándoles algunos consejos: «Casi no existo ya, les dijo; un solo golpe va á dejar viuda á mi mujer, huérfanos á mis caros hijos, y sin dueño á mis pobres criados. ¡Dios os asista á todos! Gracias á él añadió quitándose el vestido, aun puedo por mí mismo hacer este oficio con el corazon tan tranquilo como cuando me echo á dormir.» Llamó al verdugo, le perdonó, oró aun otros momentos, puso la cabeza so-



BENDICION A LORD STRAFFORD AL IR AL SUPPLICIO.